

RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo III



CARTAS A MUJERES

(Para LA NACION)

A mi amiga argentina.

SALAMANCA, marzo de 1912

En los cinco volúmenes que contienen la estupenda correspondencia de Gustavo Flaubert («Correspondance», en las «Oeuvres complètes» publicadas por Louis Conrad, en París) y que es acaso lo más intenso de la obra del gran maestro, aquella en que se nos presenta al desnudo el gran atleta y mártir del pensamiento desinteresado, en esa obra que hay quien estima fué donde la prosa francesa del siglo XIX alcanzó su expresión soberana y su perfección, figuran cartas a cerca de una veintena de mujeres. Y son las cartas a mujeres, lo mejor sin duda del epistolario de Flaubert.

Pero que ningún malicioso se flame a engaño, Flaubert era un hombre de corazón limpio. Solo que necesitaba él, el que trataba, aunque en vano, de ocultarse en sus obras, él, el apóstol del impersonalismo literario, necesitaba confesarse. ¿Y con quién mejor que con una mujer? Si la confesión auricular católica ha producido y produce a vueltas de sus evidentes males algún bien, si ha consolado a alguna pobre alma solitaria y enferma por los caminos de la vida, habrá sido y será seguramente a alma de mujer que se confiesa con un hombre, el sacerdote, y a un hombre toma de guía. Y no puede producir el mismo saludable efecto en un alma de hombre porque éste se confiesa con otro hombre y no hay entre los dos la barrera del pudor que lejos de amenazar intensifica y depura la confianza limpiándola de toda sucia anécdota. Otra cosa sería si los hombres se confesasen con mujer. Y otra cosa es cuando, en efecto, con mujer se confiesan como a Flaubert le sucedía.

Entre las cartas de Flaubert a mujeres, figuran las que escribió a su madre durante el viaje que con Máximo Du Camp hizo a Egipto y Grecia. Son cartas de descripciones, llenas de ingeniosas notas, pero sobrias, muy sobrias de sentimiento. Flaubert adoraba a su madre, pero esta adoración misma, y el carácter de ella le hacía ser muy parco en demostraciones de cariño para con la buena señora. Había entre ambos algo más que pudor. Y en rigor, como he de desenvolver más en adelante, toda mujer es para todo hombre madre.

A otra mujer de su familia, a su sobrina Carolina, a la que quería como a hija, escribió no pocas cartas Flaubert. El volumen quinto y último de su «Correspondance» lo ocupan las cartas a su sobrina. Pero esta sobrina, a la que quiso con toda la fuerza de su corazón hambriento, era de su familia misma, era como su hija, la había formado y educado él, él

había sido su verdadero maestro, y esta misma intimidad, esta misma contigüidad más bien, hacía que no pudiesen verse a la distancia necesaria para reconocerse bien. Y por una razón análoga a la que en el caso de su madre ocurre, no son las cartas a su sobrina las más interesantes ni las más íntimas que escribió Flaubert.

Preséntesenos en seguida la señora Luisa Colet, a quien Flaubert escribió mucho desde 1846 hasta 1854, en que rompieron para siempre, no sin que la Colet se vengase de esta ruptura. Las cartas a esta señora con quien el maestro estuvo liado en relaciones más que literarias y espirituales ocupan casi todo el segundo volumen de su epistolario. Entre ellas se cuentan las más interesantes acaso de sus cartas, aunque en rigor no son tales. Son a modo de un diario íntimo, tienen más de monólogo que de diálogo. El maestro creía hablar a otro espíritu, al espíritu de aquella a quien llamaba su musa, pero en realidad no se hablaba sino a sí mismo. La fascinación corpórea, el amor de los sentidos, carnal, le cegaba. Y él mismo tuvo que reconocer su error.

Hay entre las cartas de Flaubert a la Colet—a la que creyó algún tiempo su amiga—una carta, terrible, escrita a la una de la noche de un sábado de 1854, del año de la ruptura, en la que lo dice que ha abofeteado su pobre ensueño de quince años, acusándolo de no ser inteligente. Es donde él dice: «¿No has visto que toda la ironía con que ataco al sentimiento en mis obras no era sino un grito de vencido, a menos que no sea un canto de victoria?» El pobre Flaubert se iba convenciendo que no era sino el encanto físico de la Colet lo que a ésta le atraía y que todo lo demás, todas las excelencias espirituales con que la adornó, no eran sino creación de su deseo amoroso. Lo prueba el tono con que de ella, sin nombrarla, habla luego en alguna carta a sus amigos.

Lo que me recuerda aquellos terribles versos de Enrique Heine que en una traducción española, no sé de quién, aprendí siendo mozo y que no he olvidado aún, cuando dice:

Aun quisiera de tu cuerpo
la esbeltez encantadora
poseer, pero tu alma
tu alma, niña, es otra cosa;
que la entieren si les place;
me basta la mía sola.
Mi alma, amor de mis amores
que yo en dos partir deseo,
infiltrar media en tus venas
y unirme a ti en lazo eterno
para formarnos juntos
un tanto de alma y de cuerpo.

Flaubert infiltró su alma en la Colet, que debió de ser una especie de «bas blues» encantada de tener a su servicio al gran maestro y que exhibía su intimidad pecaminosa, y creyó que esa alma era otra. Y de aquí que siendo las cartas a la Colet las más íntimas acaso, las más encendidas, las más trágicas, son más que cartas, un diario íntimo.

Otra de las mujeres a quienes Flaubert escribió bastante fué Jorge Sand, pero ésta podía casi ser su madre, y como a una madre, sólo que a una madre litera-



ria, la escribía, con veneración, con respeto, mas sin abandono. Era además una literata y las cuestiones técnicas, de oficio, hallan mucho lugar en su cartas. Y no era la relación como de hijo a madre, pues ya os dije que entiendo en toda mujer ve una madre todo hombre de sentimiento, no era esa relación lo que le quitaba abandono a esa correspondencia; era la relación literaria.

De las demás mujeres a quienes escribió Flaubert, hay dos que recibieron muchas de sus mejores cartas, que fueron confidentes de sus más íntimos anhelos, y son madame Roger des Genettes y la señorita Leroyer de Chantepie. Y estas son las cartas que mejor demuestran la necesidad que tenía de un pecho de mujer confidente, de un alma maternal.

Me interesan sobre todo las cartas a la señorita Leroyer de Chantepie, una mujer a la que creo no llegó a ver nunca Flaubert, con quien no se entendió sino de alma a alma, por cartas, y una mujer que sufría honda crisis religiosa. «El placer que tengo en recibir sus cartas, querida señorita—le escribía el 16 de junio de 1867—está contrapesado por el pesar que en ellas se despliega. ¡Qué excelente alma tiene usted! ¡y qué tristeza la suya! Creo comprenderla. Es por lo que le quiero a usted. También yo he conocido las intensas melancolias que da el Angelus en las tardes de verano. Por tranquilo que haya estado en la superficie también yo me he sentido desolado, y aun me siento algunas veces. Pero convencido de la verdad de que se está enfermo cuando se piensa en sí, procura emborracharme con el arte como otros con aguardiente. A fuerza de voluntad se llega a perder la noción de la propia individualidad. Créame, no se es dichoso, pero se sufre menos.» Y sigue la carta en un tono dulcemente confidencial, reposado, en que piensa en sí, procuro emborracharme con le dice que no se burla de sus sentimientos, que peca por exceso de humildad, que su Dios, el de la señorita Leroyer, es bueno y que ella ha sufrido para que El le quiera, y le da este consejo inapreciable: «Pero no lea usted como leen los niños para divertirse, ni como leen los ambiciosos, para instruirse; lea usted para vivir.» Y acaba: «Adiós y cuente con mi afecto siempre. Pienso muy a menudo en usted y tengo grandes deseos de verla. Ello llegará, es de esperar.» Mas, me parece haber leído no sé dónde que no llegó, que Flaubert murió sin haber conocido de vista a ésta su confidente. ¿Fue mejor? ¿Fue peor? ¡Quién sabe...!

Estas cartas a Mlle. Leroyer de Chantepie son, con sus cartas a Mme. Roger des Genettes, las más íntimas, las más puras, las más delicadas acaso que escribió Flaubert. Ni hay en ellas el fondo de pasión carnal que hizo de las cartas a Luisa Colet en cuanto cartas un engaño y que les da a las veces yo no sé qué aspereza a la vez de una inconsciente insinceridad como de quien trata de engañarse, ni hay en ellas tampoco tanta literatura como en otras. Eran cartas a almas de mujeres hermanas. Y a almas madres.

Otra vez tengo que volver sobre lo ya dicho. Todo hombre de corazón, penetrado

de la íntima soledad en que vivimos en la tierra, sobre todo un hombre como Flaubert a quien su misma excelencia espiritual le aislaba, tiene que sentir en toda mujer que en espíritu lo sea, en toda alma femenina, una madre. La mujer, sea madre, novia, esposa, hermana o hija nuestra, es siempre nuestra madre, es un espíritu serenador que apacigua nuestras tormentas. Hay un profundo sentido simbólico en aquella tiernísima anécdota que la antigüedad nos ha legado de un pobre anciano condenado a morir de hambre en un calabozo y al que iba a visitar cada día su hija para alimentarle con la leche de sus pechos. Pocos relatos de más hondo sentido; pocos en que mejor se revela el eterno femenino. Y sé de un hombre que no acabó de descubrir la intensidad y la profundidad toda con que su mujer le quería hasta una vez en que presa de una sofocante congoja espiritual le abrió aquella sus brazos al verle llorar exclamando: ¡hijo mío! En este grito es donde descubrió, dice él, toda la profundidad del amor.

No hay nada de extraño, pues, en que en tantas vidas de luchadores del espíritu encontremos la mujer confidente y en que tantos hombres hayan vertido sus anhelos en regazo de mujer, y de mujer que no era para ellos sino un espíritu. Un espíritu vive, sin duda, un espíritu encarnado, no una abstracción, no una cifra. Aunque parezca otra cosa la abstracción para Flaubert, el engaño, fué la Colet, la que creyó algún tiempo su musa, y la realidad, la verdad confidente, la verdadera amiga, fué aquella atormentada señorita Leroyer de Chantepie, a la que no llegó a ver. Y lo fué también Mme. Roger des Genettes.

Y es que en las relaciones entre nosotros los hombres, sobre todo cuando somos del mismo oficio, cuando nos mueven las mismas ambiciones, hay yo no sé qué de brutal, algo de rivalidad, algo de competencia. Estamos a imponernos los unos a los otros, a dominar cada cual al otro, no a entregarse, no a abandonarse. Suelen ser las correspondencias entre hombres más bien que diálogos monólogos entreverados. Y de aquí que es rara la correspondencia epistolar de éstos que dure muchos años. Máximo Du Camp fué uno de los primeros y de los más íntimos amigos de Flau-





bert y, sin embargo, su amistad acabó por enfriarse. ¿Y no le hubiese pasado tal vez lo mismo con aquel Luis Boulhet, a quien tan hondamente quiso, de no haberse éste muerto tan pronto? ¿Son tan pocas las relaciones de éstas que siguen hasta la muerte a través de largos años? Y no mueren por ruptura, no; mueren por consunción, no se sabe cómo, sin que los que así dejan de escribirse dejen por eso de estimarse, de quererse acaso menos.

¿Qué cosa melancólica este agotarse las amistades! Repito que no se sabe cómo. Durante uno, dos, tres años, una activa, intensa y acaso íntima relación, o de trato directo y personal, o epistolar y a distancia, y luego el silencio. O se dijeron cuanto tenían que decirse o se acabó el servicio que uno de otro buscaba. A las veces resurge la amistad, y ya es para perdurar viva, ya es para amortiguarse de nuevo.

Veces hay, naturalmente, en que el tráfico de la vida le absorbe a uno y no puede mantener una relación así que varios le solicitan, creyéndose cada uno con igual derecho a ella. Yo, por mi parte, si hubiera continuado todas las relaciones epistolares prolifas e intensas que he iniciado, no me bastarían las veinticuatro horas del día para ello. Por eso hago cuenta que es el lector, el desconocido lector, mi mayor amigo y muchas de estas correspondencias públicas son, como es ésta, cartas particulares, cartas abiertas que aunque pueden leerlas todos van especialmente dirigidas a una persona determinada.

Las cartas a hombres, repito, excluyen casi siempre un último fondo de verdadera confianza; queda siempre el recelo de que se escribe a un competidor, a un rival, a un crítico o a uno que nos pide algo. Pero no sucede lo mismo cuando se escribe a un espíritu de mujer que sepa comprendernos y consentirnos. ¿Quién es tan menguado que va a ver en espíritu de mujer otra cosa que un alma que viene a confortarnos y a confortarse a la vez en nuestro espíritu?

Más de una vez me han visto mis lectores execrar de las damas y revolverme contra el tono de ramplona y falsa distinción que dan a la sociedad y más de una vez he declarado que no quiero ser escritor para señoras y señoritas, aunque sé que es eso lo que da más provecho. Pero en tratándose de mujeres, de espíritus de mujeres—que pueden, por lo demás, habitar en muy verdaderas señoras, en el más noble sentido de esta palabra y no el que ordinariamente toma—en tratándose de mujeres es ya otra cosa. Una señora o una señorita en un salón, en un baile, en una solemnidad, en un palco de teatro, no me interesa absolutamente nada; interésame, sí, cuando vuelve a ser ama de su casa, mujer de su hogar o trabajadora en su trabajo. Y sobre todo cuando es en ella, en ella misma, dentro de sí, tratando de defender, afirmar y corroborar su propio espíritu, ese espíritu que en la mujer tiene que sufrir tan terrible asedio por todas partes.

Le cuesta tanto a la mujer, en efecto, que lo reconozcan personalidad, ¡verdadera personalidad! ¿Nos cuesta tanto a los hombres persuadirnos de que sea más que un niño grande? ¡Y nos cuesta tanto reconocer y comprender la personalidad del niño! La pedantería masculina es una cosa formidable. Lo queremos todo hecho, concluido, definido, formidable. Y la mujer está siempre haciéndose, siempre por hacerse, sin concluir nunca, indefinible, in formulable. Que es como es la vida. Y cuando tiene conciencia de esa su feminidad, de ese espíritu plástico, comprende como apenas un hombre comprende, la vida, la vida que no cabe en fórmulas ni en definiciones. La mujer sabe mejor que nadie cuán grande locura es querer reducir la biología a química, aunque se la disfrace llamándola bio-química. Comparad, si no la mística de Santa Teresa, la de Santa Angela de Foligno, la de Santa Catalina de Siena, con la de los teólogos místicos.

Y creed que si a un hombre ansioso de vida y de verdad no formulables, de algo más que lo reductible a ecuaciones matemáticas, por complicadas que éstas sean, creed que si a un hombre ansioso de algo que esté por encima de lo que puede comprender y por más hondo que lo que puede sentir, creed que si a un hombre así, como era Flaubert, puede comprenderle alguien de veras, pero con la comprensión afectiva, con la del corazón, con la que nos consuela del dolor de haber pensado para los demás, es una mujer. ¿No es verdad, amiga mía?

MIGUEL DE UNAMUNO.

